

Hecho
con

AMOR

+ 3 apasionantes
relatos,
de regalo

∞
Lorraine
Cocó
∞

Colección ♥ Bocadoitos

© 2016, Hecho con amor © Lorraine Cocó
© Imágenes originales para la portada, Dollarphotoclub
Autor: Lorraine Cocó
Corrección: María José Gómez Benito
Maquetación: Mar Fernández
valeriemillerescribe@gmail.com
Diseño de portada: Lorraine Cocó

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

[Agradecimientos](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[La coleccionista de noches vacías](#)

[Besos de cereza](#)

[Desde ese instante](#)

[Sorteo](#)

[Sobre la autora](#)

[Otras obras](#)

Agradecimientos

Millones de gracias a todas mis encadenadas. Sin vosotras nada de esto tendría sentido. Sois tantas que sería muy complicado nombraros a todas, además de injusto, pues seguramente me dejaría algún nombre en el tintero.

Pero sabéis que os llevo a todas en el corazón.

También quiero dar un agradecimiento especial a Mari-ché. Maravillosa editora. Inestimable amiga. Y aún más, impresionante persona. Doy gracias de que te hayas cruzado en mi camino.

Y finalmente a ti lector, por querer sumergirte en la historia de Poppy y Liam que, indudablemente, está hecha con mucho amor.

Te deseo una feliz y apasionante lectura,

Lorraine Cocó

Capítulo 1

—Un batido de fresa y plátano, con sirope de vainilla, por favor —Liam ordenó su pedido apoyado en el mostrador de la cafetería, con decoración años 50, que tanto le había sorprendido. Había quedado allí con algunos compañeros que se la habían recomendado. Y aunque al principio dudó del gusto de alguno de ellos, tenía que reconocer que definitivamente le gustaba el sitio.

—¡Batido de fresa y plátano con sirope de vainilla! —gritó inmediatamente la camarera a una chica al otro lado de la barra que debía ser la que los preparaba.

La camarera quedó a la espera de una respuesta de confirmación. Momento que aprovechó él para ojear por encima los carteles de los productos colgados tras ella. Había una gran variedad de tartas y postres caseros, helados, batidos y smoothies. Todo con una pinta excepcional.

—¡Poppy! —Gritó la camarera a su compañera, tras el mostrador.

Y al ver que la mujer que lo atendía fruncía el ceño sin apartar la vista de ella, sintió curiosidad. Se inclinó sobre la superficie cromada para poder ver también qué estaba pasando. Su gran altura le permitió con un pequeño movimiento divisar a la joven a la que iba dirigida la llamada de atención. Estaba en el otro extremo del mostrador, pero este no era muy largo. Debería haber oído a su compañera sin problemas. Su curiosidad se acrecentó al ver que la morena, con el cabello recogido en un moño informal, y ataviada con el cortito uniforme rosa del local, estaba enfrascada en un frenético baile frente al reproductor en el que parecían poner la música. En aquel momento sona-

ba *Blue Suede Shoes* de Elvis Presley. Y tenía hipnotizada a aquella joven que movía las piernas, caderas, hombros y cabeza, totalmente absorta en la música.

Se inclinó un poco más sobre la fría superficie cromada del mostrador para no perder detalle de aquellos espontáneos, desinhibidos, y podría decir hasta insinuantes movimientos. El cuerpo de la chica era menudo, con curvas justo donde las debía haber. Las piernas bronceadas asomaban por su faldita del uniforme dejándole apreciar unos muslos torneados y prietos. Imaginaba que no era consciente de lo que podía provocar, pues estaba parapetada, oculta tras la vitrina de los dulces. Pero aquel baile alteraría a cualquiera que tuviese la suerte de presenciar el momento.

Sonrió y apoyó los codos para acomodarse mientras se deleitaba con las vistas sin percatarse de que la camarera que lo estaba atendiendo lo observaba reprimiendo romper a reír. Después esta volvió su atención a su compañera segura de que no le iba a prestar la más mínima atención hasta que la canción finalizase, y decidió ir hasta ella.

—¡Poppy, el pedido! —dijo al tiempo que le tocaba el hombro para llamar su atención.

—¡Maggie! ¡Estaba bailando! —Protestó la joven, pero él no pudo ver su rostro. La camarera, de mayor tamaño, cubría a la chica por completo.

Se inclinó un poco más. Se moría de curiosidad por ver la cara de la chica. Y apenas tuvo que esperar. La camarera susurró algo a su oído y esta, inmediatamente, se asomó por el hombro de su compañera a echar un vistazo en su dirección, pillándolo medio tumbado en el mostrador, curioseando.

Su primer gesto fue de sorpresa, que transformó su rostro haciendo que abriese sus bonitos ojos castaños de manera desorbitada. Pero apenas un segundo después frunció los labios en una mueca de enfado, levantó la barbilla y volvió a colocarse tras la camarera cuchicheando algo en

tono bajo. No supo cuáles fueron las palabras que salieron de aquella boquita de capricho, pero la camarera volvió a la barra aguantando de nuevo la risa mientras la morena le daba intencionadamente la espalda, decidida esta vez a preparar su pedido.

Cuando llegó hasta él, la camarera tosió para llamar su atención.

—¿Para llevar o para tomar aquí? —le preguntó.

Liam tuvo que dejar de observar a la chica, y hacer un patético intento por disimular, haciendo que admiraba los asientos de cuero turquesa, las mesas cromadas y las imágenes de coches antiguos en blanco y negro de las paredes.

—... Mm...para tomar aquí.

—Muy bien, guapo.

Le regaló una sonrisa en respuesta.

—Te lo serviremos en la mesa. Este es tu ticket —Se lo ofreció en una diminuta bandeja con el logo del local impreso en ella, "Hecho con Amor", que resaltaba en un vivo color rosa.

Sacó la cartera del bolsillo trasero de su pantalón y pagó el importe indicado en el ticket. Tomó las vueltas y se giró con pereza hacia las mesas, eligiendo una cercana en la que esperar a sus compañeros, pero de repente sintió la necesidad de acompañar el batido con alguno de los postres que había visto en la vitrina de la barra. Volvió sobre sus talones y se dirigió de nuevo a la camarera.

—Perdona, ¿podrías ponerme también una porción de tarta de manzana?—pidió justo en el momento en el que la chica que preparaba los batidos dejaba el suyo sobre el mostrador.

—Aquí lo tienes, Maggie —dijo la chica, pero su mirada se clavó inmediatamente en él.

Ahora la tenía de frente y pudo deleitarse en sus pequeñas y bonitas facciones presididas por aquellos hermosos y expresivos ojos castaños. Tan oscuros y vivaces que era im-

posible desviar la atención de ellos, hasta que su gesto volvió a torcerse en aquella mueca de enfado.

Liam recibió el cambio con diversión y amplió su encantadora sonrisa, regalándosela directamente a ella. Lo que pareció desconcertarla, ya que desvió la mirada con rapidez, no sin antes hacerlo percibir algo de rubor.

Encantador, pensó Liam divertido. No había imaginado que aquel pueblo al que había sido destinado hacía pocos días fuese a ofrecerle tantos alicientes. No se dio cuenta de que la camarera se había ausentado de la barra para ir a por su tarta hasta que esta se la puso delante y dejó una cucharilla envuelta en una servilleta, junto al plato.

—¿Deseas algo más, guapo? —le dijo sin ocultar su tono divertido.

Liam volvió a abrir la cartera observando de reojo a la morena, otra vez en el extremo de la barra.

—A ella no te la puedo servir en una blondita de papel —comentó haciéndole ver que se había dado cuenta del interés en su compañera.

Y fue Liam el que se sintió ruborizar ligeramente por haber sido pillado. No había sido muy disimulado, y ya había poco que hacer al respecto. Ensanchó la sonrisa mientras sacaba el importe para pagar la tarta.

—Seguro que no, Maggie —la llamó por su nombre, tras leerlo en la chapa de su uniforme—, pero podrías decirme a qué hora sale de trabajar, por si me deja invitarla a un café —añadió susurrando mientras dejaba el dinero sobre la barra.

La rubia, frente a él, exhibió un gesto pícaro que alimentó sus esperanzas.

—Dudo que lo consigas, guapo. Aunque esa sonrisa tuya es un arma de destrucción masiva, y quizás puede que la haga dudar. Aun así, me temo que no tienes nada que hacer —añadió cobrándole y dejó las vueltas sobre la bandeja.

—¿Tiene novio? —preguntó directamente.

La camarera miró furtivamente a su compañera antes de contestarle.

—No debería estar dándote información sobre mi hermana, pero... pareces buen chico. Y lo suficientemente listo como para saber dónde te metes.

Liam la miró con una mezcla de sorpresa, ante la revelación de que fuesen hermanas, pues no se parecían en absoluto. Y diversión ante la perspectiva de conseguir más información de la que, sin duda, se acababa de convertir en su próximo objetivo.

—No tiene novio...

Ensanchó la sonrisa, satisfecho.

—Pero no sale con chicos de la base.

El gesto de Liam cambió inmediatamente.

—¿Cómo sabes que soy...?

—Guapo, llevo casada doce años con un militar. Los huelo a kilómetros y tú eres uno de ellos. Además por aquí pasan todos y esta es tu primera vez. Eres nuevo en la ciudad.

—Y lo sabes porque no me habías visto antes...

—Y porque vas a intentar ligar con Poppy, y todos los militares de la base saben que ella es inalcanzable.

—Inalcanzable... Eso suena más a reto que a impedimento, Maggie.

Esta ríe abiertamente. Aquel chico guapo y decidido a conquistar a su hermana, realmente no tenía idea de dónde se estaba metiendo. Pero ella estaba más que encantada de ser espectadora y ver el intento. Echó un vistazo a Poppy que la observaba hablar con el guaperas, con el ceño fruncido.

—Sale a las ocho —le informó. Y resopló esperando no estar equivocándose. Siempre había tenido un sexto sentido con la gente. Y su hermana necesitaba un poquito de diversión.

—Gracias, Maggie. Eres un amor —le dijo tomando su tarta de manzana del mostrador con la sonrisa más radiante

que ella hubiese visto jamás, bailándole en los labios.

—No lo creas. Estoy segura de que no sabes lo que estás haciendo.

Liam rio abiertamente.

—Espero que no, Maggie. Espero que no.

Capítulo 2

Nunca se había tomado una porción de tarta con tanta parsimonia. Supuestamente, quedar con los chicos tenía como finalidad conocer a sus compañeros e integrarse en su pelotón. Analizar al grupo y, fuera del entorno de trabajo, conocerlos un poco más. Porque como bien había apuntado Maggie era nuevo en la ciudad. Acababa de llegar destinado a la base. Pero la verdad era que desde que entró en el local y vio bailar a la pequeña morena, le costaba concentrarse en algo más que en verla pasear mostrador arriba, mostrador abajo, atendiendo los pedidos. Cada vez más intrigado en ella, vio como a pesar de su insistencia en mirarla, no conseguía que le devolviese su atención ni una sola vez.

—Sargento Wallas, ¿podía haber elegido cualquier destino, por qué ha decidido venir a Fort Rucker?

La pregunta venía de Morris, el líder de su pelotón, que había mostrado bastante interés por él y su traslado. Dejó de centrar su atención en la chica y miró fijamente a su cabo primero.

—Mi padre nació aquí. Él también fue piloto en la 145th. Quería conocer...su ciudad natal —Su repuesta a grandes rasgos, sin entrar en los detalles que realmente lo habían motivado a ir hasta allí, parecieron satisfacer al grupo. Y asintieron en silencio.

—En fin, pues solo nos queda una cosa por hacer para que sea oficial; ¡un brindis de bienvenida! ¿Verdad, chicos? —tomó de nuevo la palabra Morris. Cogió su vaso de refresco de la mesa y lo alzó invitando a sus compañeros a imitarle.

Liam fue a tomar el suyo cuando vio que estaba vacío. Hacía tiempo que había terminado su batido.

—No puede brindar con una copa vacía, sargento — apuntó uno de sus chicos.

—Da mala suerte —confirmó otro.

—¡Poppy, guapa! ¿Puedes traer a nuestro sargento otro vaso de lo que estuviese tomando?

En cuanto Liam escuchó el nombre de la chica dirigió su mirada a la barra, encontrándose con la de ella. Solo le prestó atención un segundo y volvió a amargar su gesto para dirigirse a Morris.

—¡Jim Morris, sabes que no tenemos servicio de mesa! ¡Si quieres algo mueve tu feo culo hasta el mostrador y pídelo tú mismo! —Fue la contestación de la chica al soldado y todos se echaron a reír. Ella no mutó el gesto, solo se limitó a apoyar las manos en el mostrador retándolo a ir hasta allí, con mirada pétrea.

—Maggie sí nos sirve los pedidos... —protestó él riendo. Según parecía participando de una discusión que se daba con frecuencia.

—Pues lo tienes fácil, espera sentado a que vuelva ella— le contestó y comenzó a pasar un trapo por la superficie cromada.

—Es una pena que con una cara tan dulce, tengas un carácter tan amargo—replicó el soldado y se echó a reír acompañado del resto del grupo —. Así jamás conseguirás un hombre.

Más risas.

—Si por hombre te refieres a uno como tú, espero que así sea, soldado. Por nada del mundo querría terminar siendo la que te lave los calzoncillos.

El soldado dejó de reír inmediatamente, en cuanto el resto de la mesa comenzó a mofarse de él por el comentario de la chica.

—Y ahora, si no tenéis nada más con lo que hacerme perder el tiempo, tengo muchas cosas que hacer... —dijo

comenzando a ir al otro lado del mostrador.

Liam se levantó de inmediato antes de que ella se marchase. Y en la mesa, a su espalda, se escucharon risas y cuchicheos.

—Perdona —la llamó para detenerla—, tras el espectáculo, sigo sin tener una bebida con la que brindar —dijo llegando hasta la barra.

Poppy volvió lentamente hasta su posición anterior, observándolo con cautela. Tras él, el resto del grupo aguardaba atentamente su respuesta.

—¿El espectáculo? —preguntó elevando una ceja.

—¿No era eso lo que acabo de presenciar?

Poppy iba a protestar altiva, pero él la detuvo con un gesto de su mano.

—Tranquila, ya me han advertido que eres... —Liam le brindó una pícara sonrisa que hizo resplandecer sus ojos verdes— ¿...Inalcanzable?

La chica lo miró un segundo a aquellos increíbles ojos verdes antes de contestar.

—Ya, pero me da que no eres de los que hacen caso a las advertencias, ¿me equivoco? —Se cruzó de brazos frente al pecho.

—Para nada. No me gusta que me pongan límites. Prefiero decidirlos yo. Y la verdad, me intriga bastante el hecho de que tengas vetada a toda la base. ¿No te gustan nuestros uniformes? —preguntó en un susurro apoyándose en el mostrador y bajando a su altura.

Poppy se puso algo nerviosa al verlo acortar la distancia. Aquel soldado tenía una sonrisa demoledora, y la miraba de una forma... que la inquietaba. Tampoco le gustaba que la hubiese pillado bailando. Frunció el ceño inmediatamente al recordar la escena.

—No me gustáis vosotros; vuestra chulería, vuestra forma de hablar y de pensar que sois el premio gordo para todas las chicas de este pueblo. Yo no ansío casarme con un militar...

—Al que terminar lavando los calzoncillos...—la interrumpió nuevamente. Y vio como ella respiraba enérgicamente, empezando a impacientarse. Se cruzó de brazos— Pero me pregunto qué tiene nuestra ropa interior de especial a la del resto de los hombres. ¿O es que no sales con hombres, y punto?

—¡Oh, oh! ¡La está enfadando! —gritó uno de los chicos a su espalda.

Liam sonrió y Poppy lo taladró con sus enormes ojos castaños.

—¡Yo sí salgo con hombres!

—No, no lo creo —Se incorporó y fue él el que se cruzó de brazos frente a ella dejándole apreciar su gran tamaño— Intuyo, más bien, que sales con chicos; manejables y dóciles, que sigan las órdenes de la princesa inalcanzable. Y no te acercas a la base porque no te atreves con los hombres de verdad.

La estaba provocando.

El rostro de Poppy adquirió una tonalidad carmesí difícil de describir.

—¡Un hombre! Te tienes en muy alta estima, guapo...— Puso las manos en las caderas, dispuesta a enfrentar pelea.

—¡Gracias! —la cortó él antes de que siguiese con la frase— pero ahora ya no puedes halagarme. Es tarde. Aunque tranquila, a mí no me gusta salir con princesas. Demasiados caprichos, inseguridades... Me interesan más las mujeres de verdad. Así que estás a salvo conmigo —Levantó ambas manos alejándose de ella, y la dejó sin palabras.

—Y ahora, si me pones otro batido, brindo con mi pelotón y dejo de molestarte. —Terminó con la intención de no darle oportunidad a réplica.

Maggie en la entrada a la barra contuvo la respiración. Acababa de llegar de reponer las cámaras y había presenciado la conversación entre su hermana y el nuevo sargento, y ya contaba los segundos que tardaría esta en vaciarle

por la cabeza uno de sus preparados helados. No iba a ser el primero en irse bañado. Y por mucho menos.

—¡Claro! Será un placer servirte —contestó Poppy con una enorme y complaciente sonrisa. Sorprendentemente se marchó al fondo del mostrador a preparar el pedido.

¡Oh, Dios! ¡Lo iba a hacer! ¡Lo iba a hacer! Pensó Maggie mortificada. Temiendo ya por el pobre sargento. Lo iba a bañar en batido de fresa y plátano con sirope de vainilla. Se apoyó en la barra y esperó. Observó a los chicos en la mesa aguantando las risas. Segundos más tarde vio a su hermana acercarse al mostrador con aquella inquietante sonrisa en los labios, y la copa de batido llena a reventar. Ante la atenta mirada del sargento, se subió en una banqueta, levantó el brazo por encima de su cabeza y se lo derramó por encima apurando hasta la última gota.

¡Esa era su hermana! No defraudaba jamás, se dijo Maggie cabeceando mientras veía al pobre hombre quitarse el batido de los ojos. Parpadeaba frenéticamente, boquiabierto.

—¡Ya está bautizado, sargento! ¡Bienvenido a Fort Rucker! —le dijeron los soldados entre risas, dándole palmaditas en la espalda.

—¿Vosotros sabíais...? —empezó a preguntar atónito mientras se quitaba el espeso liquido del rostro. Pero entonces vio de soslayo como la menuda morena salía de detrás del mostrador, se deshacía del delantal del uniforme, y abandonaba el local.

Muy bien, princesa. Con que esas tenemos..., pensó. Se llevó un dedo a la boca y saboreó el batido.

El juego acababa de empezar.